

De la mesa al altar de piedra: análisis histórico

† *Anthony Conlon*¹

1. Introducción

El cristianismo existe desde hace casi dos mil años. En sus formas católica y ortodoxa, conecta sin interrupción la Europa de la era poscomunista con la Roma imperial; más allá, la Biblia nos remite a los orígenes primigenios de la creación. Tenemos, pues, ante nosotros un vasto y rico legado espiritual. Su influencia en el progreso humano ha sido enorme y, a su vez, ese progreso también ha influido en el cristianismo. Histórica y teológicamente, los tres primeros siglos de la era cristiana contribuyeron de manera decisiva a determinar el fondo y la forma de la doctrina y el patrimonio legados a épocas posteriores. Lo que representa el catolicismo hoy en día y lo que se esfuerza por conservar para las generaciones futuras son esencialmente los frutos de esos tres primeros siglos. Las épocas posteriores debían precisar y definir aún mejor el mensaje, en símbolos de fe y un conjunto de cánones jurídicos, pero siempre basándose en lo que se enseñaba y creía universalmente en la época de la Iglesia apostólica y patristica. Por ello, este período histórico es a veces objeto de controversia entre los especialistas. Esto fue especialmente cierto después de la Reforma protestante y hasta el siglo XIX inclusive. Y sigue siendo cierto hoy en día. Durante siglos, las fuentes de este período primitivo han sido objeto de análisis y han dado lugar a múltiples debates. Quienes consideran que la Iglesia medieval y posmedieval se desvió y decayó en mayor o menor medida, tratan de respaldar sus argumentos con pruebas extraídas del estudio de esos primeros siglos, en los que se encuentran vestigios de disciplina eclesiástica, doctrina y culto, cuyas características principales eran la sencillez, la espontaneidad y la pureza. Afirman que estas virtudes se corrompieron en mayor o menor medida con el Edicto de Milán y lo que siguió a él. Según su concepción, al tiempo que cesaban las persecuciones directas, el hecho de que el clero ocupara un lugar más destacado y ejerciera una mayor influencia en la sociedad le llevó a adoptar comportamientos y aparatos propios de funcionarios y cortesanos, en detrimento de la religión evangélica pura. Así, algunos historiadores y teólogos llegaron a considerar el período de la Iglesia perseguida como un ideal que debía revivirse e imitarse. Este habría sido sustituido por un compromiso que, a la larga, se habría traducido en el abuso del poder y la adopción de ideas y prácticas ajenas. Solo recuperando los ideales de aquella época se podría esperar corregir lo que se percibe como los defectos de nuestro tiempo.

Sin duda, la época de los primeros mártires y confesores fue una era gloriosa para la Iglesia; sin embargo, no transcurrió sin conflictos ni dificultades internas. Al mismo tiempo, si bien hay que reconocer que, en las primeras etapas del cristianismo, algunas cosas estaban mucho menos centralizadas que posteriormente, no hay que dejar de tener en cuenta los indicios que demuestran que, en un tiempo relativamente corto, se estableció un sistema claro de autoridad, gobierno y

¹ Conferencia pronunciada en el III Coloquio CIEL en Versalles, octubre de 1997.

liturgia. Con el tiempo, se desarrolló y creció la legislación, la jerarquía y la tradición. La historia de la evolución del altar cristiano en los edificios diseñados para el culto es uno de los aspectos de esta importante transición.

Al igual que otros campos de investigación de carácter eclesiológico, el estudio de la liturgia da lugar a una serie de controversias. Algunos consideran que la liturgia primitiva era directa, sencilla, pura y no estaba diluida por las influencias de los rituales de la corte y la pompa de la monarquía. Era fundamentalmente comunitaria y plebeya, más que hierática y majestuosa. Se podría pensar que el desarrollo ceremonioso y aparentemente distante de la liturgia en los siglos posteriores contrasta con las fervientes reuniones de los primeros cristianos en las casas particulares de unos y otros o en las catacumbas, reunidos para conmemorar fielmente y celebrar la Eucaristía del Señor Resucitado.

Teniendo en cuenta las fuentes de información de que disponemos, nos vemos obligados a constatar que este razonamiento adolece de graves deficiencias. Esto es especialmente válido para toda la cuestión de la tradición, la fe y la continuidad, pero también para la inspiración y la conducta divinas de la Iglesia; y lo es igualmente para comprender cómo se han desarrollado la doctrina y, por consiguiente, el culto. Todo ello requeriría un análisis específico. Otra fuente de malentendidos, que conviene estudiar más detenidamente, es la opinión de que, al estar sometida a persecuciones constantes, la Iglesia no estaba en condiciones de establecerse según un sistema de autoridad bien definido y un ritual claro, y que probablemente no deseaba hacerlo. Se supone con frecuencia que la liturgia primitiva, al ser en gran parte secreta y privada, excluía toda posibilidad de cánones culturales fijos y de lugares reconocibles, en su forma, como iglesias. Esta suposición solo es verificable hasta cierto punto y no puede aplicarse de manera universal por razones que se harán evidentes cuando examinemos más de cerca lo que nos enseñan las fuentes históricas. En todas estas afirmaciones, conviene verificar siempre la validez de nuestro juicio.

Afortunadamente, algunas fuentes de información antiguas, así como importantes descubrimientos arqueológicos y de otro tipo, pueden guiarnos en nuestros estudios. Esperamos que, al examinar algunas de estas fuentes, podamos arrojar algo de luz sobre el tema que nos ocupa. Lo que nos gustaría es intentar redescubrir un poco el *sensus Ecclesiae* y la práctica de la Iglesia primitiva, en particular en lo que se refiere al uso y la construcción de altares. Por supuesto, no podemos hacer un análisis exhaustivo y, por lo tanto, el ámbito estudiado se limitará a la Iglesia latina y occidental. Constará de tres partes:

- la presentación general de la Iglesia de esa época: minoría perseguida pero en pleno crecimiento, desde Claudio hasta Constantino;
- Una presentación resumida de algunos hallazgos arqueológicos y otras pruebas que son relevantes para nuestro estudio.
- La conclusión, en la que intentaremos sintetizar las dos partes anteriores.

2. Persecución y progreso: del año 41 al Edicto de 313

Cuando se habla de la Iglesia primitiva, a menudo se imagina pequeños grupos de comunidades muy integradas y prácticamente autónomas, formadas por creyentes fervientes permanentemente amenazados por una persecución salvaje y que, por ello, apenas tenían la posibilidad de elaborar y poner en marcha estructuras propias. Conviene rectificar esta imagen teniendo en cuenta los períodos de relativa paz que vivieron los cristianos durante esos siglos. A menudo hubo largas épocas en las que, aunque la legislación seguía existiendo, la persecución no era flagrante. En algunos casos, aunque severa, esta persecución se limitaba a una ciudad, una región o una provincia del Imperio. Además, algunas de estas persecuciones fueron de corta duración y terminaron con la muerte, brutal o no, del emperador responsable. Por último, los documentos que tenemos de esta época y de la siguiente proporcionan elementos que dan una imagen más positiva de la situación de la Iglesia: muestran que, poco a poco, su confianza se fue afianzando y sus estructuras organizativas se fueron perfeccionando.

En esta historia, los períodos de paz entre las persecuciones desempeñan un papel importante, precisamente porque ofrecían a la Iglesia el espacio y el tiempo necesarios para consolidarse, organizarse y desarrollarse. No hay que imaginar que la numerosa y bien organizada comunidad cristiana a la que, en 313, el emperador Constantino concedió tolerancia y protección pública no tenía ninguna importancia en la sociedad de entonces ni que surgió de la noche a la mañana. Si bien es cierto que, a lo largo de esos primeros siglos, su progreso se vio sin duda ralentizado o detenido en ocasiones, no por ello dejó de continuar.

De los 249 años que separan la primera gran persecución —en la época de Nerón, en el año 64— del Edicto de Milán, en el año 313², se ha calculado que los cristianos fueron perseguidos durante unos ciento veintinueve años y más o menos tolerados durante unos ciento veinte. Veinte años separan la muerte de Nerón de los dos años de persecución que tuvieron que sufrir bajo Domiciano (94-96). Volvieron a ser perseguidos de forma intermitente durante el reinado de Trajano (98-117), y luego pasaron otros ochenta años antes del edicto de Septimio Severo, en 202, que los afectó gravemente. Siguió unos once años de paz, interrumpidos por las persecuciones de Decio (249-251) y Valero (257-270). A continuación se estableció un período de cuarenta y tres años de paz, hasta que el edicto de Diocleciano desencadenó la última y más violenta persecución. Sin embargo, hay que recordar que sus efectos más graves y prolongados afectaron sobre todo a la Iglesia de África y Oriente. Las provincias occidentales sufrieron menos.

Las primeras persecuciones estaban dirigidas contra personas y comunidades. En estas últimas, a las detenciones de personas se sumaba la destrucción de bienes. Lo sabemos porque los textos de los edictos relativos a estas persecuciones se encuentran en las fuentes escritas antiguas de la historia de este período³. Así, por ejemplo, la Iglesia de Egipto, que era numerosa y rica, sufrió

² Hubo uno bajo Claudio (41-54), durante el cual los judíos fueron expulsados de Roma, medida que también afectó a los cristianos (cf. SÜETONIO: *Historia de los Césares*, xxv).

³ EUSEBIO: *Historia Eclesiástica*; LACTANCIO: *De mortibus persecutorum*.

mucho por la persecución de Decio⁴. La imagen que nos da Eusebio es la de una comunidad eclesial bien organizada y próspera devastada por una crisis. El edicto que, bajo Valerio (257), desencadenó la persecución exigía específicamente que todo el mundo se ajustara a la religión del Estado y prohibía cualquier reunión religiosa, bajo pena de muerte, degradación o esclavitud. Los sufrimientos y la destrucción de bienes fueron inmensos⁵.

En cuanto a la última persecución, que comenzó en el año 303 y continuó de forma intermitente durante diez años, fue la que causó más estragos. En aquella época, tras cuarenta y tres años de paz, la Iglesia tenía mucho que perder y era un objetivo aún más fácil de alcanzar por ser fuerte y estar bien establecida en la sociedad de la época: así, se creía generalmente que la madre y la hija de Diocleciano eran cristianas, o al menos simpatizantes. El edicto relativo a esta persecución menciona expresamente la confiscación de libros, vasos sagrados e iglesias⁶. Todo ello demuestra claramente que, tanto en lo que se refiere a los objetos de culto como a los propios edificios de culto, la Iglesia tenía mucho que perder. Pero lo que también está claro es que algunos de sus lugares de culto habían adquirido, en cierto modo, el carácter permanente de lugares de encuentro reconocibles como tales. Quedan muy pocos ejemplos de vestigios de estos antiguos lugares de culto. O bien se han construido nuevas iglesias sobre ellos, o simplemente han dejado de existir. Se trataba, en parte, de viviendas existentes, cuyo interior se había modificado para acoger a un gran número de fieles y adaptarse a la forma en que se celebraba la misa en aquella época. Pero quizá existían otros, en otras partes del Imperio, que eran edificios construidos específicamente para el culto.

Durante todo este período primitivo de la Iglesia, la doctrina y la organización no dejaron de desarrollarse. En los escritos que nos han llegado de los primeros autores cristianos, como Justino Mártir, Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes y Tertuliano, encontramos una claridad y un acuerdo doctrinal que dan testimonio de una comunidad de fe muy lejos de estar fragmentada y encerrada en sí misma. Su apologética ya está orientada hacia el exterior, es clara y coherente. Ya en el siglo II existían centros de aprendizaje y estudio. En Alejandría, Egipto, había una escuela de catequesis de la que ya en 180 se decía que existía desde hacía mucho tiempo⁷. Ya se estaba estableciendo todo un sistema de enseñanza e instrucción. Otros detalles proporcionados por los documentos que han sobrevivido de esa época nos dan indicaciones similares de una identidad comunitaria bien establecida. A partir de mediados del siglo II, la estructura diocesana basada en un único obispo asistido por sus sacerdotes y diáconos es una práctica universal⁸. Documentos del siglo II, como la *Didaché* y el *Pastor de Hermas*, así como los escritos de Ignacio de Antioquía, también manifiestan la conciencia de pertenecer a una gran comunidad universal. Se intercambia información importante a todos los niveles y, en otras ocasiones, algunos emprenden largos viajes para discutir cuestiones que afectan a toda la comunión. E incluso en materia litúrgica existía una

⁴ EUSEBIO: *Historia Eclesiástica*, VI, XLI.

⁵ EUSEBIO: *Historia Eclesiástica*, VII, XI.

⁶ EUSEBIO: *Historia Eclesiástica*, VIII, II sq.

⁷ EUSEBIO: *Historia Eclesiástica*, V, X.

⁸ K. BAUS: «From the Apostolic Community to Constantine», en: H. JEDIN ed., *History of the Church*, vol. I; 148.

cierta uniformidad, a pesar de las variaciones locales. Cuando, hacia el año 154, el obispo Policarpo de Esmirna, en Asia Menor, se desplazó a Roma, pudo celebrar allí la Eucaristía. Todos estos indicios presuponen, en las diferentes regiones geográficas, una regulación del ritual de la misa que, al menos en sus rasgos generales, era uniforme⁹. En general, la comunicación y la interacción eran intensas. Un ejemplo lo demuestra: en 220, el obispo Agripino de Cartago pudo reunir un sínodo que contaba con no menos de setenta obispos¹⁰. Una vez más, hay que subrayar que todo esto nos da la impresión de una comunidad que tenía una concepción bien definida de sí misma y de su misión.

3. Las iglesias pre y posconstantinianas: pruebas arqueológicas y documentales

Todo el mundo admite que los primeros altares eran mesas de madera¹¹. Sin embargo, en una época difícil de precisar, se empezó a sustituir la madera por la piedra de forma generalizada. Sin duda, esta evolución se produjo de forma lenta y progresiva: de hecho, se siguieron utilizando altares de madera durante algún tiempo más¹². Pero, en general, a partir de principios del siglo IV, las estructuras de piedra y mármol se hicieron cada vez más frecuentes, aunque las investigaciones arqueológicas no nos permiten, hasta la fecha, determinar la fecha exacta de los primeros altares de piedra. Uno de los yacimientos arqueológicos más antiguos en este ámbito, el de un edificio específico adaptado como iglesia, es el de Dura Europos, en la actual Siria, que se cree que data aproximadamente del año 232¹³. La ciudad fue posteriormente invadida y abandonada hacia el año 260. Posteriormente, quedó cubierta por la arena y no fue hasta poco después de 1930 cuando las excavaciones revelaron la presencia de un lugar de culto cristiano. Se trataba de una sala doble con capacidad para un centenar de personas. En sus paredes había pintados varios frescos con temas bíblicos y, en un extremo, se descubrió también un baptisterio de piedra. En el extremo de la sala había una plataforma elevada que se presume que era el lugar donde se encontraba el altar. No había indicios que permitieran saber de qué material estaba hecho, pero, dado que no quedaban restos, se supone que se trataba de un altar de madera.

En Inglaterra, durante las excavaciones realizadas entre 1890 y 1891 en Silchester, emplazamiento de la antigua ciudad romana de Calleva Atrebatum, se descubrió un edificio que fue identificado como una iglesia cristiana. Los informes sobre estas excavaciones se publicaron en 1892 y 1894, y en 1957 se publicó un libro¹⁴. A partir de la disposición general y el estilo de la iglesia, se concluyó que debía datar de principios del siglo IV. La iglesia estaba orientada de este a oeste, con el santuario en el extremo occidental. Era de tipo basilical, con una nave y dos transeptos

⁹ EUSEBIO: *Historia Eclesiástica*, V, XXIV.

¹⁰ CIPRIANO, *Ep.* 71, 4.

¹¹ *The Catholic Encyclopædia*, vol. 1, pp. 346 y ss.; *The Catholic Dictionary* (1980), Addis & Arnold éd., pp. 19 y ss.; SMITH y CHEETAM éd, *Dictionary of Christian Antiquities* (1870), pp. 60 y ss.

¹² *ibid.*

¹³ M. I. ROSTOVZEF: *Dura-Europos and its Art*, Oxford: Oxford University Press, 1938; B. A. BOON: *Roman Silchester*, Londres: Parrish, 1957; pp. 128-131.

¹⁴ BOON: *op. cit.*, pp. 128-131.

laterales, así como un nártex al este. Delante del ábside había un hermoso mosaico de teselas de mármol negro, rojo y gris —de Purbeck— con dibujos geométricos, que evidentemente marcaba la ubicación del altar. El notable estado de conservación de este mosaico, así como los restos de mortero, han dado lugar a dos teorías sobre el altar. La primera es que, en origen, estaba hecho de madera y que posteriormente fue sustituido por un altar de piedra. La segunda es que, delante del altar, había una estera, de modo que el celebrante miraba hacia el oeste, hacia el ábside, y no hacia el este, como cabría esperar, lo cual es una hipótesis interesante.¹⁵

En la Inglaterra presajona, parece que existían numerosas iglesias que, aunque estaban construidas en madera, contaban con un altar de piedra. Esta es la opinión del P. Bridgett, que cita al respecto a San Beda el Venerable (637-735)¹⁶, quien escribe que, tras la persecución desencadenada por Diocleciano, los habitantes reconstruyeron sus iglesias y fundaron santuarios para los mártires¹⁶. Citando también a Beda¹⁷, Bridgett escribe que san Agustín de Canterbury pudo utilizar una iglesia romana dedicada a san Martín que aún se erigía en la parte oriental de la ciudad. También cita a San Gildas (500-570) quien, en un sermón, critica el comportamiento de aquellos que juran en falso sobre el altar: *Inter alia jurando demorantes, ac hæc eadem ac si lutulenta paulo post saxa despicientes*¹⁸. Compara la forma en que estas personas tratan el altar con la forma en que se utilizan las «piedras sucias», en lugar de respetarlo como el lugar sagrado que debería ser.

El *Dictionary of Christian Antiquities*, ya citado, menciona que en el altar mayor de la basílica de Letrán, en Roma, se encuentra incrustado un altar de madera que se cree que fue utilizado originalmente por San Pedro¹⁹. La antigüedad y la naturaleza de esta reliquia le conferirían un gran valor. En Santa Pudenziana, en Roma, también se encuentran fragmentos que provendrían de un altar similar²⁰. Estas son, pues, las menciones de altares de madera que se encuentran en documentos antiguos y que han permitido concluir que estos altares eran, en cualquier caso, de uso común²¹. Sin embargo, hay otros indicios que atestiguan que los altares de piedra se utilizaban al menos desde el siglo IV, y quizás incluso mucho antes. En su *De Christi Baptismate*, Opp. III 369, Gregorio de Nisa (330-395) dice que la piedra con la que está construido el altar está santificada por la consagración. San Juan Crisóstomo (347-407) dice más o menos lo mismo en su *Homilía sobre I Corintios*. El decreto más antiguo que se conoce sobre la construcción de altares de piedra es el del concilio de Epaono (Pamiers, Francia). Su canon 26, promulgado en 517, prohíbe la construcción de altares que no sean de piedra²². Este tipo de legislación suele

¹⁵ BOON: *op. cit.* (nota 13), p. 129.

¹⁶ E. T. BRIDGETT: *A History of the Holy Eucharist in Britain*, Londres: Burns & Oates, 1908; pp. 5 sq.

¹⁷ BEDE, *A History of the English Church and People*, p. VIII.

¹⁸ *Ibid.*, p. XXVI.

¹⁹ BRIDGETT: *op. cit.* (nota 15), p. 5.

²⁰ *Ibid.*, p. 61. Otros autores han retomado esta indicación en sus estudios sobre los materiales de los altares.

²¹ ATANASIO: *Ad Monachos*, Opp. I 847; OPTATO DE MILEVE: *De Schismate Donatistorum* VI. 1, pp. 90 sq; AGUSTÍN: *Epist.* 185, c. 27.

²² C. J. EFELE: *Histoire des Conciles* (trad. de M. L'Abbé Delarc), vol. III, p. 289.

indicar que ha transcurrido bastante tiempo desde que el tema al que se refiere se convirtió en una tradición bien establecida. De hecho, es la práctica invariable de la Iglesia.

La antigua costumbre de celebrar misa sobre la tumba de los mártires se remonta al menos al siglo III. Los *arcosolia*, como se les llamaba, eran nichos excavados en la pared que sobresalía de una tumba, sobre la que se colocaba una placa de mármol u otra piedra. A veces también podía tratarse de una pequeña sala o capilla, con la tumba a cierta distancia de la pared y el altar cubierto con una *mesa* de mármol u otra piedra, como en la cripta de los Papas en la catacumba de San Calixto en Roma. También hay *arcosolios* en otras catacumbas además de las de Roma, en particular en las descubiertas bajo el convento de Santa Águeda en Rabat (Malta). Parece ser que se utilizaban especialmente en épocas de persecución. En las catacumbas de Roma se han descubierto oratorios en los que aún quedan restos de altares de piedra que se erigían en el centro del ábside, en particular en las catacumbas de San Marcelo y Santa Priscila. De Rossi, gran especialista en antigüedades romanas del siglo XIX, descubrió los restos de cuatro pilares que sostenían un altar de piedra en las catacumbas de San Calixto²³. Aunque no ha sido posible datarlos con exactitud, sin duda pertenecen a un periodo que no puede ser posterior al siglo IV. El famoso fresco de la *Fractio panis* que se puede ver en la Capella Græce de las catacumbas de San Calixto se encuentra en un ábside que domina una pequeña cavidad que Mons. Wilpert, experto en la materia, descubrió en 1896, pensaba que contenía la tumba de un mártir sobre la que, algún tiempo después, se había colocado una *mensa* para la celebración de la misa²⁴. Pero, además, estaba convencido de que el fresco en sí, que dataría del año 110 aproximadamente, representaba una celebración de la misa en esa fecha. Muestra a un grupo de siete personas alrededor de una mesa trípode²⁵. En el *Liber pontificalis* se lee que el papa Félix I (269-274) *constituyó supra sepulcra martyrum missas celebrari*²⁶.

Otros testimonios relacionados con los altares de piedra se encuentran, por ejemplo, en las obras de Tertuliano (nacido hacia el año 180), Orígenes (185-265) y Prudencio (348-404 o 406). En su *De Oratione*, Tertuliano habla del *ara Dei* de los cristianos en contraposición a los altares paganos²⁷. En su *Homilía sobre el libro de Josué*, Orígenes compara a los creyentes con piedras vivas que Cristo aprueba y con las que puede estar compuesto su altar²⁸. Sin duda, esto indica que, en algunos lugares, se utilizaban en aquella época altares de piedra para celebrar la misa. Prudencia, poeta cristiano del siglo IV, habla por su parte de *illa sacramenti donatrix mensa eadamque custos fida sui martyris apposita, servat ad æterni spem judicis ossa sepulcro pascit item sanctis tibricolas dapibus*²⁹.

²³ *Dictionary of Christian Antiquities*, p. 62.

²⁴ *The Catholic Encyclopædia*, vol. 19, p. 362.

²⁵ A. S. BARNES, *The Early Church in the Light of the Monuments*, Londres: Longmans & Green, 1913; p. 125.

²⁶ *Liber Pontificalis*, ed. L. DUCHESNE, I, p. 158.

²⁷ J. H. NEWMAN lo menciona en su «Introducción» (p. 20) a su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*.

²⁸ ORÍGENES, *Homilía 9, 1-2*, *Sources chrétiennes* 71, pp. 244-246.

²⁹ *Ibid.*

Esta práctica, que consistía en colocar la *mensa* del altar sobre la tumba de mártires o santos, pudo haber sido favorecida o alentada por este pasaje del Apocalipsis: «Vi debajo del altar las almas de los que habían sido degollados por la palabra de Dios» (6, 9). Por otra parte, no es imposible que este versículo sea en sí mismo el primer testimonio de una práctica que ya existía en algunos lugares a finales del siglo I. Al fin y al cabo, en este último libro del Nuevo Testamento —que los expertos creen que fue escrito entre los años 70 y 95—, el tema de la liturgia es muy evidente.

La costumbre de colocar reliquias en el altar o debajo de él acabó dando lugar a la norma según la cual todo altar debía contener una o varias reliquias. Podemos remontarnos como muy pronto al siglo VI. Sin embargo, desde principios del siglo IV, observamos el inicio de un amplio movimiento de construcción y embellecimiento de iglesias en todo el Imperio, impulsado por el propio emperador Constantino y su madre, Santa Elena. Los escritos de Eusebio, que vivió bajo el reinado de este emperador, abundan en detalles y precisiones sobre la consagración de iglesias³⁰. Además de que las persecuciones habían cesado, la multiplicación de estas solemnidades contribuyó sin duda a la adopción en muchas iglesias —aunque evidentemente no en todas— de un material más duradero para la construcción de los altares. También sabemos que Constantino y su madre Helena ofrecieron altares de oro y plata a las basílicas romanas. La forma del altar también había cambiado, pasando de la forma de mesa a la de tumba. En la iglesia de San Alessandro, situada en la vía Nomentana de Roma y que data del siglo V, se encuentra un altar de piedra del siglo V que es a la vez tumba y mesa. Este tipo de altar, más sólido y con forma de tumba, sería el más habitual hasta mediados del siglo XX. Aunque en muchos lugares los altares seguían siendo de madera, la evolución teológica, espiritual y material condujo al predominio de la piedra, el mármol o los metales preciosos, que a veces recubrían la madera original, en lugar de la madera sola. Si bien es cierto que todavía existían algunos altares de madera en la época de Carlomagno (742-814), después del siglo IX apenas se encuentran rastros de altares hechos únicamente de madera en la Iglesia latina³¹. En iglesias de épocas posteriores se utilizará a veces madera pintada, pero la *mensa* siempre incluirá una piedra que contiene reliquias.

4. Conclusión

No cabe duda de que, en los primeros tiempos, los apóstoles y aquellos a quienes ellos ordenaron celebraban la misa sobre mesas-altares de madera, lo cual parece lógico y comprensible, ya que seguían la práctica establecida por el propio Señor. Además, el carácter secreto e íntimo de la liturgia, durante esas primeras décadas, hacía que el uso de esas mesas fuera aceptable y apropiado. Sin embargo, a partir de mediados del siglo II, se observa un cambio notable en la presentación de la fe cristiana y una mayor confianza en el futuro, a pesar de la posibilidad siempre presente de persecuciones. El número de conversos no dejaba de crecer, y la posición social y los medios materiales de muchos de ellos hacían posible una cierta mejora de las condiciones materiales. Un distinguido especialista ha establecido claramente que sería completamente erróneo imaginar a la

³⁰ EUSEBIO: *Historia Eclesiástica*, X, I sq.

³¹ *The Catholic Encyclopædia*, vol. 1, p. 363.

comunidad cristiana primitiva como totalmente desprovista de medios financieros³². Numerosos descubrimientos arqueológicos nos lo demuestran. Al mismo tiempo, el avance de la reflexión sobre la teología y la tipología del Antiguo Testamento —en particular en autores como Orígenes, Tertuliano y, más tarde, Agustín y Ambrosio— se tradujo en una identificación más clara del altar de la misa con el del sacrificio del Templo y con los demás altares mencionados en la Biblia. El Antiguo Testamento ofrece múltiples detalles sobre los altares destinados al sacrificio. En la mayoría de los casos se trata de altares de piedra, con una notable excepción: el altar del Templo, descrito en el Libro del Éxodo (cap. 38), está hecho de madera de acacia, pero revestido de bronce. Se trata del altar del Templo de Salomón, construido en madera. Los templos erigidos posteriormente fueron de piedra. Es imposible que la importancia del concepto veterotestamentario del sacrificio y su perfecto cumplimiento en el Nuevo Testamento hayan escapado a una comunidad cristiana que buscaba explicar las profundidades de su fe y darle su pleno significado. Para comprender bien estos primeros siglos de expansión del cristianismo, hay que tener en cuenta la convicción de que existía una continuidad absoluta entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. San Ireneo (140-v. 202) es uno de los máximos ejemplos de este tipo de explicación teológica³³; la utilizaba con gran eficacia para refutar peligrosas herejías. La evolución de los rituales de consagración y dedicación de las iglesias indica que la Iglesia era cada vez más consciente del carácter sublime de la misa y de su capacidad para expresar el sentido de la majestad de Dios a través del ritual y la forma del culto. Es un ejemplo de cómo la doctrina y el culto se apoyaban mutuamente para favorecer una profundización de las concepciones teológicas y preservar la ortodoxia. Era la *lex orandi* reflejando la *lex credendi*, y viceversa.

Ante esta acumulación de pruebas, no es de extrañar que la Iglesia pasara, tan pronto como fue posible, a instalar altares de piedra en lugar de madera. Aún no disponemos de pruebas arqueológicas sólidas que demuestren que tales altares de piedra existieran fuera de las catacumbas antes del siglo IV. Por lo tanto, para los primeros siglos —entre el año 100 aproximadamente y el 313— nos vemos reducidos a suposiciones y conjeturas. Entre dos períodos de persecución, los cristianos tuvieron los medios y el tiempo para establecerse en muchos lugares. Pero, como la mayoría de los edificios que construyeron entonces fueron destruidos o sustituidos por otros, no podemos afirmar con certeza si los altares eran de piedra o de materiales menos duraderos. Lo que sí podemos afirmar con certeza es que, tan pronto como pudieron hacerlo —es decir, inmediatamente después del Edicto de Milán de 313—, los cristianos comenzaron a construir altares de piedra a gran escala y en múltiples lugares. La legislación no tardó en seguir la costumbre, haciendo obligatoria la construcción de altares de piedra, lo que sugiere que la tradición ya estaba bien establecida, aunque en algunos lugares se siguió utilizando madera durante varios siglos más. Se podría establecer una comparación con el principio del celibato de los sacerdotes, decretado por primera vez en Occidente por el canon 33 del concilio de Elvira (305-306). Este decreto fue renovado posteriormente por varios papas del siglo IV y posteriores; sin embargo, hubo que esperar varios siglos para que este precepto se estableciera universalmente. En lo que respecta a los altares

³² Cf. BARNES: *op. cit.* (nota 24), «Introducción», pp. XVII-XIX.

³³ *Padres ante-nicenos*, ed. ROBERTS y RAMBAUT, 185, pp. 315-578.

de piedra, la situación es algo similar. Esta cuestión seguirá siendo objeto de estudio: tal vez las investigaciones y las excavaciones aporten nuevos elementos. Quizás encontremos la prueba que aún nos falta, que indique la fecha en la que se utilizó por primera vez la piedra en lugar de la madera. Mientras tanto, tendremos que contentarnos con saber que los primeros discípulos y sus sucesores, durante varias generaciones, celebraron la misa sobre mesas de madera. Nunca tuvieron la menor duda sobre la verdadera naturaleza de lo que hacían. Para muchos, además de que la madera era el material de la mesa que el mismo Señor había utilizado, también recordaba la madera de la Cruz. En el simbolismo del sacrificio cristiano, la Cruz de Nuestro Señor fue el primer altar en el que se realizó la ofrenda que Él hizo de sí mismo en obediencia al Padre. Su sacrificio fue el sacrificio perfecto, que cumplió todos los demás. La dicotomía que hace nuestra época entre los altares de madera, portadores del simbolismo *del ágape*, y los altares de piedra, que expresan el aspecto sacrificial, no interesaba en absoluto a la Iglesia primitiva: el verdadero cristianismo nunca tuvo la menor duda sobre el sentido y el objeto de la Eucaristía; pero también es cierto que, al igual que en otros puntos de la doctrina, la Iglesia ha profundizado con el tiempo su concepción al respecto. Constantemente iluminada por el Espíritu Santo siempre presente en ella, la Iglesia ha realizado progresivamente la transición de la madera a la piedra. Era un vínculo tangible y visible con la gran herencia espiritual del pueblo elegido de Dios y un símbolo del sacrificio único, una declaración clara e inequívoca de su concepción de la ofrenda suprema del Calvario, asociada a la Última Cena, cuya misa es la representación permanente y completa hasta el fin de los tiempos.